

FILOSOFÍA ¿PARA QUÉ?

Eduardo Sarmiento Gutiérrez

Creo que en la sociedad actual nos falta filosofía. Filosofía como espacio, lugar, método de reflexión, que puede no tener un objetivo concreto, como la ciencia, que avanza para satisfacer objetivos. Nos falta reflexión, pensar, necesitamos el trabajo de pensar, y me parece que, sin ideas, no vamos a ninguna parte.

José Saramago

Con el libro *Filosofía ¿para qué?*¹, Gabriel Vargas Lozano coloca bajo la luz un tema que atañe a todos nosotros: la relación entre filosofía y sociedad. ¿Por qué la filosofía está prácticamente ausente del imaginario colectivo, aún cuando existe una larga tradición en nuestro país y numerosos espacios académicos destinados a su cultivo?, ¿por qué, para el ciudadano, políticos en general e incluso muchos que cultivan otras áreas del conocimiento, la filosofía resulta ser una actividad de tipo ornamentaria; por no decir extraña, inútil y por tanto innecesaria?, y más todavía, ¿por qué razón los modelos educativos reducen, si no es que eliminan, la enseñanza de las disciplinas que conforman el campo de las humanidades? Estas son algunas de las cuestiones a resolver.

Este libro es una invitación para pensar seriamente en el significado de la filosofía, en la función e importancia que puede y debe tener en una realidad tan compleja como la nuestra. No se trata de un estudio en abstracto, elaborado al margen de las condiciones reales de nuestro tiempo, sino al contrario, es lo más concreto que puede plantearse. Con ello queremos decir que el conjunto de ensayos que lo conforman revela no sólo el valor de la filosofía por sí misma —que ya es mucho, desde luego— sino su función en tanto que actividad práctica: como filosofía de la praxis.

De acuerdo con algunas ideas aquí vertidas, la nula incidencia de la filosofía no es fortuita. Es asunto premeditado y orquestado desde los centros e instituciones que controlan y/o costean la educación en México. En efecto, Vargas Lozano afirma que existen “tendencias muy poderosas que buscan reducirla, limitarla e inclusive anularla”. Dichas tendencias, que brotan con una racionalidad estrictamente financiera y se fortalecen por ideologías que predicán la centralidad del mercado, miden el conocimiento humanístico con el mismo rasero, mediante un utilitarismo vulgar y un valor de cambio propios de la

hegemonía capitalista. Con esto se puede inferir que bajo esa racionalidad se aplasta y anula del imaginario social todo lo que no cuadre con esa lógica financiera del menor esfuerzo por la mayor ganancia y, desde luego, con todo aquello que pueda transgredirlo. En esto está la filosofía.

En el fondo de este señalamiento hay algo que en mi opinión es muy perverso. Por un lado el sistema político está subordinado al económico.² Esto significa que en su fase actual, el sistema financiero, con toda su maquinaria, ha rebasado casi por completo y puesto a su servicio a los poderes políticos. Organismos internacionales como la OCDE o FMI imponen estrategias económicas, políticas y educativas a los países miembros para adecuarlos a las exigencias y necesidades de las grandes potencias capitalistas. Basta observar las agendas nacionales y locales para constatarlo. Por otro lado, la situación se agudiza cuando los sistemas educativos están encauzados a esos intereses, a la mera productividad, y no hacen otra cosa que reproducir dicho modelo económico. La educación, así, tiende a favorecer los conocimientos efímeros, utilitaristas, que son valorados por sus resultados inmediatos. Bajo esta lógica financiera, antihumana y rapaz, la filosofía y las humanidades —sin derecho a réplica— han perdido terreno y presencia no digamos sólo en dicho imaginario, sino también al interior de las instituciones educativas del país. En esta dirección, Vargas Lozano expone la lucha del Observatorio Filosófico de México para mostrar cómo la mentada Reforma Integral de la Educación Media Superior (RIEMS) no es otra cosa que una estrategia neoliberal adoptada por el gobierno mexicano desde 1982, lo cual ha tenido serias repercusiones en todos los niveles educativos.³ Más aún, muestra cómo el gobierno pretende imponer una educación tecnológica en la que no caben las humanidades y mucho menos el pensamiento crítico, creativo y plural. Con ello se pretende formar individuos que sólo desarrollen competencias y habilidades específicas, es decir, un hombre unidimensional —en el término de Marcuse— alienado, sin horizonte y sin sentido de su propia actividad. Lo terrible es que son voluntades particulares —carroñeros de la riqueza y

² Ellen Meiksins Wood, *Democracia contra capitalismo: La renovación del materialismo histórico*, Siglo XXI, México, 2000.

³ Para comprender cómo se diseñan los programas operativos y las estrategias educativas subordinadas a esa lógica; y cómo los denominados servidores públicos de la educación favorecen intereses particulares en lugar de los de la comunidad filosófica, se incluye en este libro la defensa de las humanidades. Ello pone sobre relieve el problema de la autonomía de los sectores educativos, los programas y su orientación, lo cual es abordado en uno de los ensayos en torno al libro del Dr. Francisco Piñón: *Ser y quehacer de la universidad. Ciencia, poder y eticidad*.

¹ Gabriel Vargas Lozano, *Filosofía ¿para qué? Desafíos de la filosofía en el siglo XXI*, UAM Iztapalapa, Itaca, México, 2012.

¿Por qué razón los modelos educativos reducen, si no es que eliminan, la enseñanza de las disciplinas que conforman el campo de las humanidades?

el poder— quienes reproducen este sistema ideológico, político y económico en donde no cabe la filosofía. Puede decirse, por consiguiente, que la escisión entre filosofía y sociedad no es accidental o simple problema de enfoques, sino todo lo contrario, es una política deliberada por esas fuerzas dominantes que intentan a toda costa crear un tipo de ciudadano acrítico y una sociedad acomodada a sus intereses económicos.

A Vargas Lozano no le llama tanto la atención indagar en soluciones especulativas para reivindicar a la filosofía frente a un panorama así. Desecha el quietismo filosófico para subrayar la función activa, la praxis de la filosofía. En otras palabras: se apasiona por la función crítica de la filosofía, esa que, desde los tiempos de Platón y Aristóteles hasta Locke, Stuart Mill, Comte, Kant, Hegel o Marx, sin olvidar a los nuestros, como Bartolomé de las Casas, ha luchado contra el poder despótico, la ignorancia y la enajenación humanas. En forma explícita, lo que quiere decir es que los filósofos, con su reflexión —y siempre impulsados por un espíritu crítico y apegado a los valores del humanismo— han contribuido de manera significativa, crucial, a la construcción de naciones, pueblos, culturas, épocas y tradiciones. De este modo pone al descubierto las artesanías del filósofo, pues a lo largo de la historia este artesano ha propuesto nuevas formas y reformas en torno a la idea del Estado, contribuido notablemente a la argumentación jurídica de las naciones, impugnado situaciones de injusticia e irracionalidad a fin de sobreponerles un universo axiológico para dignificar la vida humana y principios como la libertad e igualdad. Ha creado utopías como las del Renacimiento o las de siglo XIX frente a la explotación, la ignorancia y la decadencia social; ha criticado atinadamente las consecuencias de la racionalidad instrumental y, desde la praxis y para la praxis, ha reflexionado sobre la consecuente interrelación entre filosofía y movimientos sociales.

Todo esto y más, que posibilita la mejoría de la vida humana, revela, así sin más, la función crítica y propositiva de la filosofía. De ahí precisamente la importancia del filósofo para los procesos de configuración social. Por tanto, con miras a mejorar el mundo, la filosofía proporciona una conciencia crítica, una racionalidad inconforme contra toda forma de irracionalidad, de explotación y cosificación humanas. En sus propias palabras: “la filosofía es crítica de los poderes establecidos, induce a la reflexión y convoca a la argumentación lógica; mientras que el sistema de dominio

busca someter los sentidos y el pensamiento al servicio de la enajenación y la manipulación.” Reconocida así, valdría la pena preguntar por las causas que llevaron a Sócrates —en el acto heroico por excelencia— a tomar la cicuta, el exilio de Anaxágoras, Giordano Bruno en la hoguera y muchos más expulsados de este mundo por los poderes dominantes. Antes bien, Platón ya había señalado en el Eutidemo que la filosofía es el uso del saber para la ventaja del hombre y aún así advirtió cuál era la suerte del filósofo al regresar a la caverna. Aquí el autor es muy enfático en cuanto la responsabilidad del filósofo: “al reflexionar sobre cualquier asunto filosófico —dice— no se puede pasar por alto sus consecuencias para la humanidad ni eludir el compromiso social y ético del filósofo”. Si está realmente comprometido con su actividad, el filósofo no puede por ningún motivo dar la espalda a la sociedad, a sus semejantes. Ello por la naturaleza misma de la filosofía. Bien decía Publio Terencio: “Hombre soy; nada humano me es ajeno”.

Que Vargas Lozano vea en la filosofía un compromiso del filósofo con la realidad bajo el aspecto de crítica de lo existente, en nada amengua, antes por el contrario lo encarece, su valor teórico. Ello no excluye en lo más mínimo que la filosofía sea —como pensaba Aristóteles— ciencia que se busca; ciencia universal que es objeto de sí misma; o que la filosofía pierda importancia por abordar problemas de tipo universal. ¿No es el mismo Aristóteles quien reflexionó sobre los problemas políticos de su tiempo y, no menos coyuntural, las constituciones políticas, a la vez que amplió el pensamiento especulativo con su metafísica e ideas ontológicas? Así como alma y cuerpo son elementos constitutivos del ser humano, así el aspecto crítico y teórico lo son para la filosofía. Si se observa con detalle se puede advertir que fortalecer a uno es favorecer al otro. La filosofía —de acuerdo con el maestro José Gaos— tiene la función de ofrecer una orientación al navegante (la humanidad) en medio de un mar embravecido. Pero no significa que pueda ponerse en duda o minimizarse su carácter teórico.

Filosofía ¿para qué?, es una invitación a pensar el valor y la importancia de la filosofía, nuestro modo de entenderla, cultivarla y enseñarla. Es una fundamentación racional y una defensa de la vida pública de la filosofía. Es preciso llegar a la plenitud del significado, destacando sus verdades e impulsos axiológicos que sólo ella puede conferir. Pero no menos necesario es abrir canales y establecer estrategias para visibilizarla y lograr que tenga presencia social y se consuman sus frutos. La libertad, la justicia, la dignidad y la solidaridad, son hijas de la filosofía. El padre se llama Eros. Urge reconciliar a la filosofía con la sociedad. Este libro ofrece algunas directrices para ello. ■

Eduardo Sarmiento Gutiérrez. Mexicano, estudiante de Doctorado en Filosofía Política en la FFYL de la UNAM. Coordinador del Centro de Documentación en Filosofía Latinoamericana e Ibérica (CEFILIBE) de la UAM-I. Trabaja temas de filosofía política y filosofía mexicana.